

GABRIELLE KUBY, *La revolución sexual global. La destrucción de la libertad en nombre de la libertad* (ed. y trad. P. CERVERA. Pról. J. A. REIG PLA, C. CAFARRA, R. SPAEMANN). Madrid: Didaskalos, 2017, 499 pp. ISBN. 978-84-17185-02-2

El tema del libro es bien explícito en su título, nada *sugerente* sino del todo claro y directo. He aquí que la autora manifiesta, a quien quiera leer estas páginas, que estamos hoy en el mundo envueltos en una revolución sexual global. Lo de “revolución” significa que asistimos a un giro de ciento ochenta grados, a una subversión del rumbo, a un vuelco de las ideas y las costumbres, a una inversión de las convicciones. Queriendo o sin querer acontece hoy un drástico cambio de escenario. La materia a la que afecta la revolución es nada menos que la sexualidad humana. Y el añadido de “global” no hace sino realzar el alcance del giro, subversión, vuelco e inversión de la sexualidad humana.

Que el asunto es grave, salta a la vista. Aunque pueda parecer que la cosa se limita a un corto radio de la vida humana –el de la sexualidad– y que se agota en ese breve espacio. Es cierto que la sexualidad no lo es todo; pero, desde luego, es mucho, muchísimo. Por dos razones, al menos. La primera, por el poder de la energía sexual en la vida de los seres humanos. Pocas pulsiones hay en nosotros que puedan llegar a tener tanta capacidad de dinamización de nuestras conductas. Como pulsión que brota a su aire y busca denodadamente su satisfacción, puede acabar por destruir a su sujeto si no se la somete a razones. El logro de su control es, además, difícil; es lo que se llama castidad, que tiene casi más de don y regalo divino que de logro y conquista personales. Una sexualidad lujuriosa aleja la vida humana de su alcance total, que no es el placer, sino la inmersión en el Bien Común, es decir, en el anegamiento en la soberana plenitud de Dios.

La violencia de la pulsión sexual se corresponde con el elevado placer sensorial que procura. Ello constituye uno de sus atractivos, que es peligro porque el anegamiento en el placer sexual descompone la racionalidad de la vida humana. Hay, así, dos modos extremos de vivir: la vida de la razón y la vida de la pasión sexual, porque la primera es libertad y plenitud humana mientras que la segunda es animalización y pérdida de sí mismo.

La segunda razón por la que la sexualidad es importante es que, en los seres que disponen de ella, es la condición de su reproducción. Es elemental y evidente: los hijos vienen de la práctica de la relación sexual, y no de la cigüeña. Los hijos son carne de “mi” carne, como unas *réplicas* de nosotros mismos. No es solamente la “especie” humana la que se reproduce en cada hijo, sino que en él se re-produce (esto es, se vuelve a producir o generar) la pareja humana concreta que tiene a cada hijo concreto. Mi hijo me releva, me “sucede” y me hereda. Mi hijo es mi yo renovado, rejuvenecido, prolonga mi vida concreta con su existencia concreta. En la reproducción humana está el medio por el que cada sujeto concreto, cooperando

con otro de distinto sexo, prolonga su existencia y, con ello, mantiene existente al género humano. No se trata solamente de dar continuidad a la especie humana, sin que para nada pueda interesar a los individuos como tales.

Esta “revolución” afecta a todas las dimensiones de la sexualidad. A la del placer y el impulso en cuanto que fomenta el impulso y desfigura el placer. A la de la reproducción específica e individual en cuanto que la niega.

El libro tiene por subtítulo “La destrucción de la libertad en nombre de la libertad”.Detalle agudo y digno de reflexión. La autora ha podido darse cuenta de que una de las columnas que sostienen a la revolución sexual es una idea de la libertad que es contradictoria en la práctica, además de falsa en la pura teoría. Contradictoria en el sentido práctico, es decir, “impracticable”, irrealizable, imposible de vivir. Puede uno empeñarse en lo contradictorio, pero la realidad es insensible a los gustos y caprichos, y se obstina en dejar las cosas en su sitio tarde o temprano, por las buenas o por las malas: la insistencia en llevar una piedra a las nubes lanzándola cientos de veces hacia arriba, es correspondido inexorablemente con una pertinaz lluvia de sólidos devotos de la ley de la gravedad.

La libertad no es libertad “de todo” ni es el poder para hacer cualquier cosa. Y eso, sea que se piense en la libertad humana, en la divina o en la de los ángeles. La creatividad de la libertad, su apertura o indeterminación, es inexorablemente y por naturaleza, una apertura definida, una indeterminación dentro de un ámbito determinado, un juego en un marco de fines y de posibilidades. Por ejemplo: cuando me propongo comprar un coche, que ese sea el fin previsto condiciona mi elección y, sobre todo, la hace posible (pues si no quiero comprar un coche ninguna elección ha lugar). Puedo cambiar de fines, pero entonces las elecciones que se abren son otras. Si lo que quiero es comprar un coche, pondré delante de mi mirada coches que puedo adquirir, y solamente coches; pero si luego busco bebidas, el ámbito de realidades accesibles a mi libertad es otro. El margen de posibilidades electivas puede ser muy grande, puede llegar a ser inabarcable, aunque siempre será un margen; no se incluye entre las posibilidades de elección lo que de ninguna manera consueña con el fin que se persigue.

Puede confundirse la idea de una libertad *incondicionada* con la de una libertad *finita*. Toda libertad es *condicionada*, pero no toda libertad es finita. La de Dios es una libertad infinita y, no obstante, esa libertad del Supremo Hacedor es libertad condicionada, y lo es porque depende de su total y plenaria Bondad y a ella sirve (Dios no puede hacer el mal). No puede ser de otra manera. La condición de posibilidad de la libertad es en todo caso el fin al que se refiere. (Por eso la idea sartriana de la “responsabilidad” es la idea de una pura contradicción).

En la historia de la filosofía y de la teología se ha llamado “voluntarismo” a la tesis según la cual la voluntad de Dios es incondicionada e infinita. Voluntaristas como el franciscano Guillermo de Ockham (1285-1347) sostienen que Dios

puede decidir que sea moralmente bueno para el hombre odiar a Dios. Por el contrario, los “intelectualistas” como santo Tomás de Aquino defienden que Dios decide que sea bueno para el hombre lo que real y verdaderamente es bueno para el ser humano. Para santo Tomás, la libertad de Dios es infinita y condicionada. Lo bueno es bueno, aquí y siempre, y lo Bueno es el propio Dios. La libertad, sea finita (humana y angélica) o infinita (divina), supone necesariamente esta crucial escisión. En el caso de la libertad infinita de Dios, su poder no le hace *creador* del bien y del mal, como posibilidades que puedan derivarse de su absoluto ser, como tampoco le cabe a Dios elegirse a sí mismo o rechazarse. El bien y el mal no son creados: el Bien es increado, y el mal es Nada.

La tesis de Kuby es que la revolución sexual destruye la libertad en nombre de la libertad. Es ello muy cierto, en cuanto que los promotores y ejecutores de esta revolución, por ser “modernos” e “ilustrados», dan por sentada la tesis de que la libertad humana es *incondicionada*. La revolución sexual es, precisamente, la exhibición pública y la reclamación tajante de la libertad como ausencia de condiciones. Esa libertad “absoluta” se denomina también “autonomía” del sujeto humano. Es una libertad que, antes que nada, es libertad respecto de los fines. Su incondicionalidad consiste esencialmente en su independencia de cualquier fin. Como imposible que es (como se ha mostrado), sólo puede ser un grito impotente, frustrante y abocado al resentimiento. Tergiversada y confundida, una libertad entendida como autonomía sólo es posible en la práctica en la forma de un proyecto inalcanzable y que se sabe condenado a ello. Cuando ese anhelo es persistente y no se desalienta, a la negación de la evidencia del carácter condicionado de la libertad se añade la negación de la evidencia de su fracaso.

Lo más extraño de este giro de la libertad hacia su autonomía, como punto de partida del programa de la “revolución sexual global”, es su abandono en la materialidad del cuerpo o, mejor, en la vivencia del cuerpo como algo grosero y vulgar por ser “puramente material”. Como si la rebelión contra la moral y la racionalidad creaturales del hombre no pudiera ser sino una contracción rebajante. La agresividad fea y procaz de los revolucionarios sexuales ni siquiera es lasciva, sino sucia y exhibicionísticamente resentida frente a la corporalidad humana. Nada queda en ella de la belleza alegre y simple del cuerpo humano espiritualizado, sino la contundente realidad de tejidos y fluidos. La libertad autónoma vive su corporalidad como la patencia indiscutible de su condicionamiento y, a la vez, limitación. Porque precisamente la falta de respeto que la ideología de género tiene hacia la física realidad del cuerpo humano sexuado, frente a la cual blande la omnipotencia de su libertad autónoma, hace del cuerpo material algo esencialmente negativo.

Ni siquiera es esta revolución una acentuación del erotismo como simple excitación sexual. Es pornografía. La libido se hace incapaz de placer humano. Un ser humano que vive según este planteamiento resentido se cierra a la verdad en la

misma medida en que la negación de la verdad de la vida es condición esencial de ese mismo planteamiento. La negación de la verdad figura en la revolución sexual como una condición radical e imprescindible. De ahí deriva también su carácter totalitario. Porque el que oculta la verdad –es decir, quien miente– no admite más que cómplices, sobre todo cuando lo negado es percibido como criatura de un Dios al que odia.

Lo reconoce Mons. Reig al subrayar, con la autora del libro, que “cuando en el enfoque de la sexualidad se prescinde de toda norma moral y se sigue el proceso de deconstrucción de la persona que propone la ideología de género y sus derivaciones, estamos abocados a la anarquía, al caos, a la imposición del pensamiento único que puede dar lugar a un nuevo régimen totalitario liderado por el Estado y la gobernanza global” (21).

Kuby sostiene, en línea con el pensamiento clásico eudemonista y cristiano, que “nacemos con capacidad para la libertad, pero la capacidad de usar nuestra libertad para el bien requiere formación y trabajo personal. La virtud es condición previa para la cultura. Debemos aprender las virtudes cardinales que permiten que florezca nuestra humanidad: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Cuando una cultura deja de valorar la virtud, y deja de transmitir a la siguiente generación lo que es apropiado, probado, verdadero y precioso –por ejemplo, la crianza y la educación–, está cavando su propia tumba. Todavía hay libertad, y aún no es demasiado tarde para defenderla. Pero uno debe saber quién la está limitando en beneficio de sus propios intereses egoístas” (47-48).

Hay quienes describen nuestro mundo occidental actual como un mundo “liberal”; desde luego, no lo es en todos los sentidos (como el Estado del Bienestar se empeña en demostrar cada poco), pero lo es *en el fondo*. El totalitarismo (es decir, la invasión por el poder político de *todos* los aspectos de la vida humana) es perfectamente compatible –la paradoja es solamente aparente– con el concepto de la libertad “absoluta”. Los difusores de la revolución sexual global no se satisfacen con vivir a su manera, sino que, poniéndose al servicio de la negación cabal de la verdad de la sexualidad humana, no quieren permitir que nadie viva de otra manera.

El primer capítulo del libro declara que su propósito es describir un “nuevo totalitarismo suave” (43) que se está instaurando en los planos político, cultural y social: “El totalitarismo ha cambiado de chaqueta y ahora aparece con el manto de la libertad, la tolerancia, la justicia, la igualdad, la no discriminación y diversidad: trasfondos ideológicos que prueban que son términos amputados y distorsionados” (44).

Puede verse un primer bloque de capítulos, del II al VII, en el que el lector encuentra el relato de la historia, desde los pioneros del siglo XVIII, hasta los promotores mundiales de la ideología de género. Esa descripción es más suma-

ria en los primeros tramos y se va haciendo más detallada cuando se centra en la irrupción de la ideología de género. No se trata tanto de una exposición de ideas cuanto de hechos y fuerzas prácticas.

El avance de esta revolución –mucho más grave que la revolución rusa o la revolución china– es ilustrada por Kuby con abundancia de datos. Ya a nadie sorprende que las fuerzas directivas se encuentren en la ONU y en la UE, además de en infinidad de ONG. Hablaba M. Ferguson en los años ochenta de la *New Age* como de una “conspiración” anticristiana, aunque el sentido que ella daba a la palabra “conspiración” no era el que entiende por tal una organización deliberada, sino que la entendía como una convergencia espontánea y casual de fuerzas independientes entre sí. En realidad, hay en la revolución sexual, y en la *New Age*, tanto *convergencia* como *conspiración*, tanto coincidencia espontánea como intención planificada. Ambas cosas se dan en los “movimientos culturales” contemporáneos de largo alcance.

Kuby no se mantiene en el plano descriptivo, meramente sociológico, de la revolución sexual, sino que se sitúa, aunque en un tono divulgativo y periodístico, en los planos antropológico y axiológico, en la misma medida en que su interés fundamental es el análisis del alcance humano y el valor moral (incluidos el valor político y el religioso cristiano) de la revolución sexual. En este sentido, son esenciales al libro los capítulos XI, XIII y XV. Son muy de agradecer, y en sí misma esta perspectiva de Kuby es uno de los méritos principales del libro, muy alejado, por lo demás, de los tópicos. Desde luego, este posicionamiento metodológico ya es, de suyo, una crítica de la revolución sexual global.

Una de las grandes ganancias que ofrece este libro al lector es el poder advertir la diferencia que hay entre el feminismo, el movimiento LGTBI, la teoría de género y la pornografía. Interesantísima distinción.

La revolución sexual contemporánea se yergue sobre la base del divorcio y el control de la natalidad mediante los anticonceptivos y el aborto. El objetivo, la meta, era una sexualidad humana completamente liberada, autónoma; lo cual quiere decir, antes que nada, una sexualidad *femenina* desligada por completo de la reproducción humana tanto en la intención como en sus efectos. De una claridad meridiana es la declaración de una feminista comunista prestigiosa, A. Y. Davis, hacia 1981: “El control de la natalidad –la elección individual, los métodos anticonceptivos seguros, así como los abortos cuando son necesarios– es un prerrequisito fundamental para la emancipación de las mujeres” (A. Y. DAVIS, “Racismo, control de la natalidad y derechos reproductivos”, en *Mujeres, raza y clase*, Akal, Madrid, 2004, 203).

Al complejo y difuso movimiento “feminista” se ha superpuesto después la teoría de género y el movimiento LGTBI. Es verdad que la teoría de género crece primeramente por influencia del feminismo, en cuanto que la liberación de la mujer

fue entendida primeramente, en algunos círculos, como una superación de su papel social. La ideología de género es en sus inicios una teoría sociológica, que busca resituar socialmente a la mujer, pero luego ha devenido en teoría psicológico-moral de las identidades sexuales. Y en este punto enlaza con el movimiento LGTBI. Es llamativo que no dispongamos de una palabra estándar para hablar de lo “LGTBI», y que ni siquiera se pueda emplear *gay* o *lesbianismo* para denominarlo. Tanto teoría de género como movimiento LGTBI actúan contra la *identidad sexual*.

Pues bien, he aquí la interesante e importante constatación que ofrece Kuby en este libro, a saber, el enfrentamiento *contradictorio*, por definición, del feminismo y del movimiento LGTBI, en el cual pretende tener el papel de árbitro la ideología de género. El feminismo, en efecto, necesita que se *admita* la identidad sexual, concretamente la identidad sexual “femenina”. No puede haber lucha por la liberación de la mujer si no hay “mujer”, definida por su papel sexual. Sin embargo, frente a esto, el movimiento LGTBI requiere, como su propio nombre, la *disolución* de la identidad sexual. Tesis esencial suya es que todo ser humano decide por sí mismo qué identidad sexual tiene, al margen de cualquier consideración biológica, psicológica o sociológica. Además, la ideología de género ha girado hacia la afirmación absoluta de que es arbitraria la identidad sexual, aunque procurando mantener a la vez, en un equilibrio lógicamente inestable, la reivindicación feminista. Al final será que la lógica es machista.

En resumen: para la lucha feminista es imprescindible la *existencia* identidad sexual femenina; para la lucha LGTBI y para la ideología de género es esencial la *no existencia* de ninguna identidad sexual. Acaso pudiera suceder hoy que un varón en sentido biológico (cromosómico y gonadal) se declarara por su cuenta sexualmente femenino y quisiera sumarse, e incluso dirigir, unidades de lucha *feminista*. Un auténtico partidario del movimiento de género o LGTBI debería oponerse a estas actitudes, porque suponen precisamente la idea de una “identidad”, aunque en este caso sea una identidad voluntaria. También pudiera suceder que una mujer biológica se decidiera a distanciarse de la lucha feminista para entrar en las filas del movimiento LGTBI.

Los tres movimientos, sin embargo, son próximos en la práctica social y política. Coinciden en negarse radicalmente a admitir como una postura vital razonable la identidad sexual masculina en el varón y la femenina en la mujer. Luchan por que la ley ampare el ejercicio público de la homosexualidad en cualquiera de sus infinitas variantes, pero no aceptan, de ninguna manera, que el varón y la mujer, convencidos de su papel y sentido, ejerzan de tales y lo manifiesten públicamente. La facticidad del dimorfismo sexual humano les parece una imposición inadmisibles de la naturaleza y de su Autor.

Por su parte, la pornografía aparece como un fenómeno típico complementario de la revolución sexual global. Kuby subraya el carácter adictivo de la pornografía.

Pero también advierte de un rasgo significativo, a saber, su índole falsificatoria. La sexualidad pornográfica es una sexualidad falsa. Casi me atrevería a decir –falta de datos empíricos sistemáticos y rigurosos– que el presunto desbocamiento de la sexualidad en los tiempos actuales tiene más de fantasía y “virtualidad” que de efectiva práctica física. Porque la pornografía, como subproducto y falsificación de la sexualidad, la inhibe. En la pornografía se trata de una sexualidad “idealizada”, aunque no por ello es una sexualidad depurada o mejorada; su idealización es una desfiguración.

La pornografía converge lógicamente con la ideología de género, con la que comparte el ser un distanciamiento respecto de la realidad. El sexo pornográfico no es sexo auténtico, como tampoco lo es el “género” sexual que es decidido por una libertad incondicionada. El ser humano tensado entre los requerimientos de la pornografía y la ideología de género pierde pie en la realidad, y lo hace voluntariamente: comienza por negar la evidencia de su cuerpo sexuado. Y sin referencia a lo auténticamente real, al ser de las cosas y al del propio hombre, al ser finito y al Ser Eterno, el ser humano se enajena de sí mismo, se aliena y rompe. Porque quiere. Frente a lo cual no hay argumento que valga.

José J. Escandell
Instituto Santo Tomás de Balmesiana
jjescandell@gmail.com